

En el centenario de Alicia

In the centenary of Alice

Por Luis Ociel Castaño Zuluaga¹

Nos convoca una ocasión excepcional. Celebrar el centenario del natalicio de Alicia, de una persona sumamente importante para nosotros, para sus familiares, para sus amigos y para la sociedad antioqueña en general. Muchos de ustedes aún no se percatan de los privilegiados que son, o que somos, por ser sus parientes y sus amigos cercanos. Hecho este que nos enorgullece, el contar con el cariño de esta mujer, de pequeña estatura, pero monumental como pocas por sus merecimientos.

El día de hoy el centro de atención está depositado en Alicia, una centenaria sufragista antioqueña a quien quiero dirigirle este corto pero sincero homenaje de gratitud, expresarle que el siglo que lleva a costas bien ha valido la pena, para ella, para nosotros, su familia y sus amigos.

Cuando me encomendaron dirigir unas palabras en este acto alrededor de su onomástico, pensé en realizar una biografía o en hablar de su amistad, de su hospitalidad, de la excelente anfitriona que es, de su conversación interesante y profunda, de su abultada hoja de vida. Pero entre duda y duda me he inclinado por dirigirme a ella, por efectuar un paneo apretado por lo más significativo de su vida, por lo que me centraré en una de sus tantas facetas, la que considero es la más importante.

Alicia ha sido para mí, en particular, como una segunda madre, como una abuela bonachona y alcahueta que me ha honrado con su confianza y con su trato, con su afecto. De ahí que no me interesa ahora hacer su biografía. Vana pretensión estando ella viva y en pleno goce de sus facultades, por lo que solo quiero contribuir a que por unos minutos rememore y desande sus pasos, como en una película, en la que se recogen sus mejores años, sus

¹ Abogado e historiador. Doctor en Derecho por la Universidad de Santander (España). Fue miembro de número y vicepresidente de la Academia Antioqueña de Historia y es miembro del Centro de Historia del Municipio de El Santuario.

causas, sus luchas, sus gustos, sus pasiones. Pretendo que por unos minutos sea la protagonista, a riesgo de que la torne nostálgica por la dimensión de sus propios hechos. De ahí que me voy a detener en algunos momentos que han sido claves en su valiosa vida y que sirven para entenderla a ella como persona y para comprender lo meritorio de sus logros.

No voy a ocuparme de la Alicia historiadora, ni de la exitosa profesional que fue, ni de los títulos, menciones o condecoraciones que ha recibido a lo largo de su vida. Con la dispensa de todos, me voy a referir a un tema que para ustedes puede resultar hoy trivial y sin mayor importancia, incluso para las mujeres menores de sesenta y tres años. Hablaré de la mujer y de su lucha por la emancipación de su género, de la reivindicación de los Derechos Civiles y Políticos en Colombia para la mujer y de lo que tuvo que ver Alicia en ello.

Alicia, eres una gran mujer con una historia centenaria, plagada de grandes causas y de merecimientos. Has trascendido el destino inicial para el que parecías haber nacido marcada: para ser esposa, madre y ama de casa, o, a lo sumo, una maestra de escuela rural, en las frías y verdes colinas de tu natal El Peñol. Pero por tu brío e ímpetu te has remontado hasta lo más alto de lo que te proporcionaban las posibilidades de tu época y de tu entorno. Por tu valía, esfuerzo y coraje te hiciste profesional, en una sociedad en la que ello era un monopolio del varón y eso que solo del privilegiado social y económicamente.

Alicia, te educaste como por milagro, en una época y en una sociedad machista y patriarcal, cuando todavía era mal visto que una mujer se dedicara a cultivar su intelecto. El destino te tenía deparada una brillante senda que empezaría a perfilarse en 1931, en aquel acto familiar, en tu natal El Peñol, cuando fuiste la encargada de llevar la palabra en felicitación al tío médico y exitoso, con ocasión de haber alcanzado una curul en el Senado de la República. En aquel lejano día, el doctor Antonio Mauro Giraldo Montoya tuvo el acierto de fijarse en ti, a la sazón apenas sí una provinciana jovencita de 14 años, de percatarse de tus quilates, brindándote la oportunidad de que concurrieras a estudiar magisterio en la Escuela Normal de Señoritas de Medellín, a donde efectivamente te trasladaste, en calidad de interna, llena de ilusiones, siendo acogida por su directora, doña María de Jesús Mejía Álvarez.

Como te correspondió una época de cambios trascendentales y revolucionarios que traían la modernidad a una sociedad todavía feudal, como era la colombiana de aquel entonces; no tuviste empacho alguno en continuar con tus estudios de bachillerato en el recién fundado (en 1935) Instituto Central Femenino, en la perspectiva de preparar el ingreso de la mujer a la educación superior, en materialización de la reingeniería educativa que desde la república liberal se imponía a nivel estatal y regional, primero, bajo la dirección de doña Lola González Mesa, luego de Alicia Barreneche y de Enriqueta Seculi Bastida. Se había dispuesto, en seguimiento de una política de inclusión, la democratización de aquel establecimiento público de formación femenina, permitiendo el ingreso a él de chicas de todas las regiones y condiciones socioeconómicas.

En aquella ocasión, Alicia, fuiste protagonista y testigo de excepción de aquellos febriles años en los que las mujeres de Medellín y de Antioquia empezaron a derrumbar viejos prejuicios y a hacer valer sus derechos, haciendo sentir su voz incluso en la alta política nacional, inaugurando lo que se denominó “la era feminista”.

Valoraste y aprovechaste la coyuntura aperturista que, desde los gobiernos y políticas liberales, fueron emprendidas por Olaya Herrera, López Pumarejo, Lleras Camargo, por los maestros Darío Echandía y Germán Arciniegas a nivel nacional y por las reformas que a nivel departamental lideraran Ricardo Uribe Escobar y Joaquín Vallejo Arbeláez y te sumaste a ellas con entusiasmo.

Aquellas felices circunstancias, un pariente culto y acomodado, unos reformadores políticos nacionales y regionales y una joven de espíritu inquieto y talante resuelto como eras tú, Alicia, sellaron tu destino y posibilitaron que hoy seas considerada una mujer útil y valiosa, digna de ser recordada y admirada por la sociedad antioqueña, por las razones que luego expodré.

Alicia, compartes conmigo, desde posiciones políticas y filosóficas diferentes, un gusto por lo hispánico y por su historia. Me atrevo a decir que tu paso por España en diferentes momentos contribuyó a signar tu espíritu y tu personalidad. De las muchas conversaciones que hemos sostenido a largo de estos años, tu nostalgia por España ha sido evidente, y por ser esta una de tus épocas más felices, me quiero detener en ella un poco. Tu amor por aquella

nación se ha mantenido intacto, no obstante el paso de los años, como sin duda lo fue en tus abuelos ibéricos, por el Gómez y el Giraldo.

Te imagino al llegar expectante por primera vez a la tierra de tus antepasados, azorada a tus treinta y tantos años, en tu mente las palabras del poeta Andrés Bello cuando refería al indiano como al español que iba a América y soñaba con España; retornaba a España y soñaba con América. Aquel año de 1953 cuando aterrizaste en la península, hiciste tuyas las palabras de aquel y a las que entonces serían tus compañeras de formación no pudiste más que decirles: “vosotras, las que descendéis de los Tercios de Alba o de Espínola, sois hijas de indianos; un abuelo mío fue a América, no pudo volver, quizá el trabajo o la muerte o el amor le dejaron allá, pero vuelvo yo, porque la indiana siempre vuelve”.

Y fuiste recibida como una española más, haciendo amistades que perduraron intactas a pesar de los años y de la distancia, en un rico intercambio de afectos y de ideas.

Allí fuiste acogida nada menos que por doña Pilar Primo de Rivera Sáenz de Heredia, condesa del Castillo de la Mota; hija digna de su padre, don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja; hermana de don José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange española en 1933. Doña Pilar secundó a su hermano y así mismo fue la fundadora de la Sección Femenina, institución nacida a impulso de aquella y que reservara en todos los cursos que ofertaba para la formación de la mujer española algunas plazas para alumnas hispanoamericanas a partir de 1948, en el afán de conservar y estrechar los vínculos culturales del mundo hispánico. Alicia, tú fuiste una de las becarias favorecidas y tuviste la oportunidad de interactuar con ellas.

Alicia, tú, como tu mentora española, doña Pilar, renunciaste al amor y al matrimonio. Si tu maestra se consagró por entero a la Falange y en ella a darle forma a organización de su Sección Femenina, en pro de la dignificación y de la promoción de la mujer española, buscando su redención cultural y social, lo propio hiciste tú, Alicia, en estas tierras antioqueñas. Hiciste aquí lo que tu maestra en España: si la vida de doña Pilar fue la Sección Femenina de la Falange, tus desvelos y tu vida, Alicia, fueron, además del Liceo Femenino Javiera Londoño, la Academia Antioqueña

de Historia, tu familia, principalmente tus sobrinas y sobrinos, lo mismo que la educación y los derechos la mujer.

A tu formación conservadora y tradicionalista recibida en España, supiste imprimirle un contenido pluralista y democrático, supiste tomar lo digno de allí y desechar lo que no, como puede constatarse de la actividad y de la causa que asumiste una vez estuviste de regreso entre los tuyos. Contribuiste de manera activa a la emancipación de la mujer y a la adquisición de algunos de sus derechos.

A pesar de tu pensamiento conservador y de tu profunda convicción católica, supiste alternar y mantener profunda amistad con personalidades liberales que contribuyeron a moldear tu talante y tu percepción de la sociedad y del Estado. Te rodeaste sin negarte a amistades sinceras con grandes hombres públicos antioqueños, lejos de las ideas de tu propio partido. Mantuviste entrañable vínculo con liberales doctrinarios como Otto Morales Benítez, Jorge Rodríguez Arbeláez, Evelio Ramírez Martínez o Jaime Sierra García y con ellos conseguiste la realización de grandes proyectos para la mujer antioqueña y para buena parte de tus discípulas.

Alicia, creíste que la mujer sin educación no era nada más que burdo instrumento de manipulación de la sociedad patriarcal. Frente a tal condición te rebelaste, frente al único papel importante que le reservaban a la mujer de tu época: el matrimonio, tener hijos, atenderlos, obedecer y complacer en todo a los maridos.

Te embarcaste en la reivindicación de la educación como medio para el logro del progreso material y espiritual de la mujer antioqueña. Bajo la convicción de que, si la mujer pensaba, se formaba y actuaba, con ello mejoraba las condiciones de su entorno y de su familia, contribuyendo de manera positiva a la transformación de la sociedad misma. Fuiste consciente de que las grandes revoluciones empiezan por pequeñas cosas: primero inculcar en las niñas y en la mujer el amor propio, la dignidad, la higiene y el cuidado personal, la buena y sana alimentación, la superación de las propias limitaciones, generando consciencia de su propia valía para luego asumir los grandes retos. Te abanderaste de la lucha por la igualdad de género, en la idea de educar a la mujer para que tuviese la ciudadanía plena.

Alicia, fuiste, o eres, feminista a tu modo, sin histerias ni aspavientos. Comprendiste que el hombre no era el enemigo natural de la mujer, sino que el real enemigo era el dogma, la ignorancia y unas reglas de juego que había que cambiar en una sociedad patriarcal y machista. Te convertiste en una aguerrida luchadora por los derechos de esas grandes olvidadas y marginadas que eran las mujeres de tu época, emprendiendo este apostolado sin perder jamás la compostura ni el perfil propio de las damas; buscaste la igualdad de derechos políticos y civiles frente a los hombres, pero sin renunciar a tus encantos y siempre bajo la idea de conservar las diferencias de género, reivindicando siempre tu condición de mujer. Entendiste, en época temprana, la necesidad de que la mujer colombiana accediese a la educación y a la cultura; al mundo laboral y al ejercicio de los derechos políticos.

Contribuiste, discreta y silenciosamente, a la formación de varias generaciones de mujeres que hoy son reconocidas gracias a ti y al empeño que pusiste en sembrar en sus corazones y mentes la semilla de la emancipación femenina y porque les inculcaste la ilusión y el convencimiento de que podían volar solas, porque les enseñaste a luchar por sus derechos, porque les insuflaste la importancia de luchar por la dignidad de ser mujer y por su libertad.

Te rebelaste contra el destino a que estaban reducidas las mujeres, incluso las de bien o privilegiadas socialmente, que no pasaban de ser más que “muñecas de salón” o de madres abnegadas. Rompiste el esquema y tu formación de normalista y de bachiller la complementaste luego en la Escuela de Especialidades Jaume I en Poblet-Tarragona de la Sección Femenina Española; realizaste un Máster en Psicología y Psicotecnia en la Universidad Central de Madrid en 1966; obtuviste la Licenciatura en Sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana en 1969, enriqueciendo tus áreas de conocimiento con variados cursos en el Instituto de Cultura Hispánica y de Verano en el Instituto Aquinas de Madrid. En este último, tuviste el privilegio de ser alumna nada menos que del doctor don Pedro Laín Entralgo, médico, historiador, ensayista y filósofo español que llegó a ser director de la Real Academia de la Lengua Española y Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (1989).

Fuiste maestra y mentora en establecimientos públicos y privados dedicados a la formación femenina. Fuiste docente del Bachillerato anexo al Colegio

Mayor de Antioquia, a la Universidad Femenina de Antioquia como entonces se le conocía (del cual era rectora Teresa Santamaría de González, otra de tus formadoras). Fuiste directora de aquel Bachillerato femenino en 1954, que adquirió en 1969 su independencia del Colegio Mayor adoptando el nombre de Liceo Femenino Javiera Londoño, del que fuiste rectora hasta 1974; profesora de Psicología Social en la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Antioquia; directora ejecutiva del Círculo de Cultura Hispánica de Nuestra Señora de la Candelaria (del que era presidenta Teresa Santamaría de González); dirigiste la revista *El Hispano* del círculo hispánico de Medellín; te vinculaste al proyecto educativo del Gimnasio Los Cedros, e incluso fuiste su rectora en 1972; fuiste orgullosa miembro activa de la Unión de Ciudadanas de Colombia, fundada en 1957, de la Asociación Profesional Femenina de Antioquia (1955); ingresaste a la Academia Antioqueña de Historia en 1979, en la que durante muchos años fungiste como su secretaria general, fuiste nombrada secretaria emérita en 1999 y desde 2009 ostentas la dignidad de presidenta honoraria.

Fuiste una visionaria vanguardista, como pocas, junto a otras grandes mujeres antioqueñas, contribuyendo con tu ejemplo y con tu trabajo, con tu actividad a cambiar la historia de la mujer en nuestro medio. Junto a un selecto grupo de mujeres, pertenecientes al sector privilegiado de la sociedad medellinense y antioqueña, que adquirieron conciencia de la penosa situación de la mujer, decidieron luchar para acabar con la marginación y dependencia de la mujer.

Cuando emprendiste la senda propia de la activista de los derechos de la mujer sabías lo duro de esta causa, pero pudo más tu preocupación esencial, la lucha por la educación y la formación de la mujer, su lucha por sus derechos y por el reconocimiento de su condición y de su personalidad. Fuiste entonces una forjadora de civilidad.

Abriste el camino, junto a otras, para que las mujeres pudiesen votar, elegir su futuro por sí mismas, tener acceso a la universidad y les enseñaste la vía de la equidad de género.

Replicaste la lucha de mujeres de talla mundial que en sus épocas hicieron lo propio en sus sociedades, como Hubertine Auclert, fundadora de la sociedad *The Rights of Women* en 1876, que promovía el derecho al voto de la mujer. Seguiste el ejemplo de Millicent Fawcett que ya en 1897, desde la

“delicadeza y la etiqueta” propia de la mujer, desde una posición moderada, prudente y responsable aglutinaba a las “sufragistas”, entorno a la “Unión Nacional de Sociedades del Sufragio Femenino”. A tu modo, admiraste a Enmeline Pankhurst, igualmente militante un poco más radical y agresiva del voto femenino y que en 1903 fungía como rebelde provocadora de las “*sufragettes*”, fundadora de la “Unión Social y Política de las Mujeres”. Admiraste no solo a Clara Zetkin, que en 1910 propusiera la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, sino también a Rosa de Luxemburgo, la rosa roja del socialismo.

Y procuraste replicar lo propio en el contexto nacional, bajo el incuestionable argumento de que, si las mujeres debían obedecer las leyes, por lo tanto, era apenas lógico y razonable que tuvieran así igualmente el derecho a participar en la creación de las mismas. Junto a un puñado de otras osadas luchadoras por alcanzar la igualdad de trato de los derechos civiles y políticos de que gozaban los varones, pero de los que os encontrabais excluidas las mujeres, se organizaron a modo de “sufragistas” criollas: Maggy Villa; Claudia Torres Arango; Marta Gómez Carvajal; Edith Jiménez Arbeláez; Nury Uribe Arcila; Clotilde García; Georgina Fletcher; Rosa María Moreno; Claudia Múnera; María Eastman; Rosenda Torres; Amanda Güendica; Mariana Arango Trujillo; Rosa María Navarro; Margarita Peláez; Berta Zapata Casas, etc.

Sin olvidar a otras mujeres que abrieron trocha en estas tierras antioqueñas, sin estar amparadas por la sociedad de bien a la que no pertenecían, como la española Enriqueta Seculi; la tempranamente incomprendida María Rojas Tejada; la humilde Betzabé Espinal o la infaltable sindicalista pionera María Cano.

Buena parte de estas mujeres contaron no solo con el apellido de sus respectivos maridos, sino con su respaldo y solidaridad, unieron con orgullo, en su visión aún conservadora a su apellido paterno el de sus respectivos esposos, sin sentirse por ello minimizadas: mujeres como Teresa Santamaría de González; María Jaramillo de Simón; Yolanda Cock de Tamayo; Lucila Rubio de Laverde; Luz Mila Acosta de Ochoa; Rosita Turizo de Trujillo; Blanca Ochoa de Molina; Ofelia Uribe de Acosta; Lucía Márquez de Gómez, etc. O como tú, Alicia, a quien además de Giraldo podríamos apellidar: de su familia, de sus amigos, o, porque no, Alicia Giraldo de Antioquia.

Mujeres que fueron y son diferentes a los hombres pero que, en todo caso no desiguales, como se diría desde el feminismo de la diferencia; mujeres iconoclastas, heterosexuales, vírgenes, homosexuales, cultas, trabajadoras manuales, pero todas ellas que hicieron avanzar la sociedad colombiana y antioqueña hacia una sociedad y unas instituciones más igualitarias.

En esta apretada síntesis te incluyes tú, Alicia, pues también fuiste la voz de las mujeres que por su humilde condición no podían ser escuchadas; Alicia, fuiste el ejemplo a seguir por toda una legión de adolescentes y jóvenes que pasaron por tus manos y que veían en ti un ejemplo a imitar; Alicia, les mostraste la senda y les permitiste la posibilidad de hacerse conscientes de la importancia de luchar por su sitio en la sociedad. Contigo aprendieron que debían formarse, educarse, capacitarse para poder luego ejercer la ciudadanía plena.

Tu preocupación constante, la equidad de género, acciones de capacitación y asesoría de la mujer en la perspectiva de buscar su participación y su promoción en los niveles de decisión y representación del Estado y de la sociedad.

Alicia, así como tuviste un gran mentor como el doctor Antonio Mauro Giraldo que te proporcionó la senda a tu promoción personal, de igual forma supiste serlo para otros muchos de tus sobrinos, amigos y discípulas. Como mentora te has convertido en referente para la historia colombiana del siglo XX, por tus aportes como mujer y por tu compromiso en la lucha por los derechos de la mujer.

Así que, con tu labor, con tu ejemplo y con tu aporte contribuiste a consolidar patria y nación, como formadora de la conciencia ciudadana de la mujer, como fuerza unida determinante de su desarrollo. Tus numerosas amistades, tus miles de discípulas así lo certifican, pues fuiste una maestra de vida: no solo educaste, sino que formaste a la mujer antioqueña, con tu enseñanza, tu dirección y tu ejemplo.

Hoy resulta fácil y cómodo hacer valer los derechos; hoy que están consagrados en la Constitución y en las leyes, hoy que contamos con los instrumentos y mecanismos, con los medios para hacerlos efectivos ante el órgano encargado de garantizarlos; pero no saben cuán dura y fatigosa fue la lucha para que la mujer colombiana los adquiriera; para que nuestros legisladores y estadistas

los reconocieran y adoptaran. Tarea titánica que en buena medida se debe a un puñado de mujeres, entre las que te cuentas, Alicia, que contribuyeron con su celo, con su heroísmo a conquistarlos.

Si hoy los derechos de la mujer están, al menos formalmente, extendidos, se debe a la labor paciente, de zapa, de pioneras como tú, Alicia, que en épocas aciagas y tristes en las que constituía todo un heroísmo pregonar el derecho a la igualdad de sexos se atrevieron a exigirlos. Qué sencillo resulta hoy pregonar la libre opción a la maternidad, el derecho a la sexualidad y al placer, la igualdad de salario, la igualdad de género, el derecho al divorcio, el derecho a ocupar cargos públicos, el derecho al sufragio; el acceso a la educación superior, la libre administración de sus bienes, la abolición de la potestad marital, el derecho a conformar familia y a decidir sobre su número, el derecho a ejercer la profesión, el derecho a decidir sobre su propio cuerpo, los derechos sexuales y reproductivos, pero qué utópicos resultaban ser entonces.

Hoy después de la Constitución de 1991, de la jurisprudencia de la Corte Constitucional, de la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, en la Conferencia Mundial de la Mujer (1995); de la Convención de Belem do Para, Convención Interamericana para prevenir, erradicar y sancionar toda forma de violencia contra la Mujer (1996), después del Protocolo Facultativo de la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer de la Asamblea General de Naciones Unidas (1999), resulta un tanto más cómodo y fácil asumir la defensa de los Derechos de las Mujeres y de la niñas, pero cuán complicado era asumir, en tus años mozos y juveniles, la misma causa. Aquello, entonces, era todo acto de un heroísmo.

Así que, Alicia, resulta más que satisfactorio llegar al centenario en las condiciones que llegas, rodeada de familia y de amigos que te quieren y de una sociedad que te respeta y que incluso está en deuda contigo. En este punto de tu vida puedes tornar la mirada atrás y apreciar lo que tu productiva actividad deja como legado. Fuiste y eres aún un ser útil, tu paso por este mundo ha dejado huella. Felicitaciones por tu cumpleaños número 100 y gracias por existir; seres magníficos y nobles como tú son los que necesita esta sociedad.